

Resulta curioso constatar que el ser humano no suele cuestionarse qué sentido tienen la alegría, el éxito o el placer; en cambio, la dramática realidad del dolor y del sufrimiento y, sobre todo, el misterio desconcertante de la muerte, han inquietado tanto a los hombres que, a lo largo de la historia, las mentes más reflexivas se han preguntado por qué sufrimos y, sobre todo, por qué morimos; y qué significado tienen, si es que tienen alguno, el dolor, el sufrimiento y la muerte. Según el filósofo alemán Arthur Schopenhauer, *“La muerte es el verdadero genio inspirador de la filosofía (...) Acaso no se hubiera pensado nunca en filosofar si ella faltara”*¹. El presente número de nuestra revista, dedica un importante espacio a tres colaboraciones, cuyos autores pretenden efectuar un análisis, fundamentado en el punto de vista bioético, de algunos aspectos relacionados con el dolor, el sufrimiento y la muerte. En las líneas siguientes, se intentará presentar algunas consideraciones adicionales sobre el tema, desde una perspectiva esencialmente antropológica.

Se suele afirmar que el dolor es la experiencia más universal de los seres humanos (y también de los animales, al menos, de los que llamamos “superiores”; aunque en el caso de estos, la única modalidad con importancia significativa es el dolor de origen físico). No está resuelta la polémica referente a considerarlo como amigo o enemigo de las personas; ni es ese, evidentemente, el propósito de los autores ni el de este editorial. Pero de lo que no cabe duda es de que, cuando el dolor se hace crónico, sea cual sea su origen, se transforma en un importante elemento perturbador desde el punto de vista físico, moral, social, económico y espiritual; y se convierte en el estado que solemos denominar sufrimiento. Y el ser humano, por cuanto está dotado de autoconciencia, no sólo lo experimenta, sino que también —y sobre todo— es consciente de ello: “sabe que sufre”; por ese motivo, un sufrimiento intenso y prolongado hace surgir, en la mayoría de los casos, un sentimiento de desesperanza, que puede llegar a desintegrar la personalidad.

Entonces, ¿puede tener sentido el sufrimiento? O, para expresarlo de otra forma: ¿es posible encontrarle sentido? No es este el espacio más adecuado para dar una respuesta a estas interrogantes, pero sí resulta posible ofrecer algunas pistas para el análisis por parte de los lectores:

Ante todo, no se puede perder de vista que se trata de algo tan personal, que cada uno tiene que vivirlo de forma responsable, en la singularidad que le es propia. Y, sin embargo, es preciso tener en cuenta que el sufrimiento personal nos capacita para comprender a los demás. El que no ha sufrido —si es que existe alguien así— ¿cómo comprenderá al enfermo, al neurótico, al que es tratado de manera injusta, cruel o degradante; al que es víctima de la miseria o el abandono? Por otra parte, los sufrimientos de unos, pueden ser una oportunidad para que otros ejerciten, a su vez, muchas virtudes humanas (la comprensión, la ayuda, el

servicio, la tolerancia y, sobre todo, la compasión² y el amor). En esta era “post-moderna”, lastrada por una lamentable ausencia de compromiso con los demás (¡A veces hasta consigo mismo!), hay que alentar el convencimiento de que la persona que sufre es sagrada y merece todo nuestro respeto y toda nuestra ayuda.

Tal vez muchos de nuestros lectores habituales hayan tenido acceso a la monumental novela de J. R. Tolkien *El Señor de los Anillos* —o, al menos, a la excelente versión cinematográfica—; en cualquier caso, es posible que recuerden, en los capítulos finales, la escena en que Frodo Baggins y su amigo Sam Ganyí se esfuerzan, de forma casi agónica, por cubrir los últimos metros que los separan de su meta: La Grieta del Destino. Frodo, agobiado por el peso cada vez más opresivo del anillo, se desploma, incapaz de continuar (*¡No puedo más, Sam; me ha vencido!*); y entonces, su compañero le dice: *Señor Frodo, no puedo cargar el anillo por usted; ¡pero puedo cargarlo a usted con el anillo!*. A continuación, se lo echa al hombro y ambos cubren así la etapa final del difícil ascenso hacia el dramático desenlace. La mejor propuesta que se puede hacer, tal vez, para el acompañamiento de la(s) persona(s) que sufre(n), es asumir el papel de Sam: no podemos cargar su sufrimiento por ellas, pero podemos cargarlas a ellas con su sufrimiento. Ese es el criterio que defiende nuestra institución y ese parece ser, en pocas palabras, el mensaje que nos traen estos tres artículos.

Una variante peculiar del sufrimiento es la que se presenta en las familias en las cuales nace un nuevo miembro, aquejado de una deficiencia mental o una minusvalía física; a tratar algunas de las numerosas aristas de este tema, está dedicado el artículo de la defectóloga Y. Xenes, que cierra este número. Por su parte, el artículo del Licenciado R. Mesa, nos introduce una vez más en el ámbito de los fundamentos de la Bioética Personalista.

A manera de conclusión, ofrecemos a continuación un fragmento del párrafo final de la Carta encíclica *Evangelium vitae*, de SS Juan Pablo II, en estrecha consonancia con el tema que ha sido tratado en estas líneas:

Mira, madre, el número inmenso de niños a quienes se impide nacer; de pobres a quienes se hace difícil vivir; de hombres y mujeres víctimas de violencia inhumana; de ancianos o enfermos, muertos a causa de la indiferencia o de una presunta piedad.

El Consejo de Redacción de la revista Bioética, propone a sus lectores que, como pide el autor de la encíclica, sean capaces de *anunciar a las personas de nuestro tiempo el Evangelio de la vida, para construir, junto con todos los hombres —y mujeres— de buena voluntad, la civilización de la verdad y del amor.*

Que así sea.

¹ Valverde, C. *Iniciación a la Antropología Filosófica*. IITD, Madrid, 1999.

² Com-pasión: padecer junto con... No se trata de sentir lástima por el que sufre, sino de acompañarle.